



ALBOAN

¿Existen nuevas formas de medir el desarrollo humano?

Tensiones entre la medición del desempeño económico y el progreso social

Manfred Nolte

El Producto Nacional (PNB) valora los bienes y servicios finales generados por una economía en un periodo dado. Equivale al valor añadido agregado por todos los estadios de la producción. Dividido por su número de habitantes arroja el producto per capita. Delatando la ramplona correlación que en nuestros tiempos ofrece como indicador de relevantes variables sociales, voces de la Academia, de la sociedad civil e incluso de los propios Organismos estadísticos gubernamentales reclaman la revisión del índice para adecuarlo al desempeño económico y a la medida de la calidad de vida y de la sostenibilidad medioambiental y social.

Coincidiendo con el aniversario de la quiebra de Lehman Brothers, Nicolás Sarkozy, que meses atrás había preconizado baldíamente la refundación de Bretton Woods, exigió un cambio de indicadores. “La religión del número”-señala-“es una forma de no hablar nunca de las desigualdades”, para continuar llamando a los líderes mundiales a sumarse a una “revolución” en la forma de medir el progreso y asegurar que “Francia va a adaptar su aparato estadístico en consecuencia”. Estas proclamas evidencian sin duda más lo certero del diagnóstico que la utilidad o aun la posibilidad de alternativas.

Cabría pensar en una boutade del mandatario galo, en segundas intenciones políticas inconfesables o en un guiño demagógico y oportunista. Pero hay que concederle el beneficio de la coherencia. No en vano, a comienzos de 2008 se había adelantado a auspiciar una “Comisión para la medición del desarrollo humano y del progreso social” al frente de la cual situó a dos pesos pesados de la economía social, nada menos que a los Nobel Joseph Stiglitz y Amartya Sen, cuyas conclusiones provisionales se acaban de publicar.

Con todo no hay nada nuevo bajo el sol. La profesión económica lleva lustros preguntándose por la efectividad de un registro que surgió en Estados Unidos para evaluar el éxito de las medidas acometidas para paliar la gran recesión del 29. Nadie le atribuyó entonces una relación directa con el bienestar.

Como baremo económico, el PNB cuenta con determinados atributos que garantizan su supervivencia. Está exento de juicios de valor lo que permite una interpretación inequívoca de su significado aunque este sea parcial o incompleto.

En su asimetría se revela otra de sus bondades. Al caer su valor e incurrir la economía en recesión, el malestar se traduce ofensiva y notoriamente en desempleo y pobreza. Se trata de una alerta del máximo nivel. En países en umbrales de subsistencia,

incrementos del índice se asocian muy positivamente a la cobertura de necesidades perentorias. Así lo ha asumido, al menos por ahora, la metodología de los Objetivos de Desarrollo del Milenio.

En estos extremos descansa su validez relativa.

Por el contrario, las críticas son tan antiguas como el propio concepto cuando se alude a las limitaciones del PNB como indicador de desarrollo y del bienestar. A fin de cuentas se trata esencialmente de una medida de la actividad económica y más específicamente de aquella que implica transacciones monetarias, lo que revela sus dos principales deficiencias. La primera que siendo un agregado económico presta poca o ninguna atención a aspectos de distribución y a elementos de la actividad humana para la que no exista mercado ni en consecuencia valoración monetaria. La segunda, que mide flujos productivos y que, en su consecuencia, ignora el impacto en las masas de riqueza, en los recursos naturales y en su incidencia medioambiental, así como en temas tan heterogéneos como la problemática de género o el grado de dispersión y distribución de las rentas.

El PNB no distingue entre actividades proclives o nefastas para el desempeño económico. La reconstrucción de una gran catástrofe, el tráfico de armas o el trazado de un viaducto de flagrante impacto ambiental se agregan impasiblemente en su cómputo. Los atascos en el tráfico urbano aumentan el consumo de gasolina y por tanto el producto global. Pero es a costa de un modelo regresivo que no hace sentirse a los conductores más felices u opulentos.

Son muchas las reacciones a estas notables carencias. La más emblemática la creación por Naciones Unidas en 1990 del Índice de Desarrollo Humano (IDH) que combina el nivel de vida medido por el PNB en términos de paridad de poder adquisitivo, con itinerarios de salud y longevidad como la expectativa vital al nacimiento y el conocimiento y la educación medidos en tasa de alfabetización adulta y acceso a la educación primaria. Tampoco esta guía sintetiza la totalidad de la información. Su aplicación es más útil para comparar países en desarrollo que países avanzados. Al igual que el PNB, omite la problemática de los impactos medioambientales, de género, de derechos humanos o de libertades políticas. Pero es uno de los escasos cómputos que se compila regularmente y que es ampliamente diseminado por las organizaciones internacionales para permitir comparaciones sistemáticas entre naciones.

En línea análoga, la “Cumbre de la Tierra” de Naciones Unidas en 1992 introdujo la noción de “Desarrollo Sostenible” (“Agenda 21”) con consecuencias altamente positivas para la promoción de indicadores de sostenibilidad.

Por su parte, Joseph Stiglitz y Amartya Sen acaban de adelantar algunas de las líneas de trabajo de la “Comisión”.

Para los laureados, lo que medimos afecta a lo que hacemos y si nuestras mediciones están sesgadas, la distorsión se trasladará al ámbito de las decisiones. Elegir entre PNB y proteger el medio ambiente resultará una falacia una vez que incluyamos adecuadamente la degradación medioambiental en nuestra medición del desempeño económico. A menudo cuestionamos qué políticas han sido las más adecuadas

refiriéndonos a las que han promovido el desarrollo económico, pero si la métrica del desempeño está sesgada, también lo estarán las conclusiones que trazamos.

Al amparo de esta metodología, el panel de expertos ha seleccionado tres líneas de estudio identificadas como las de mayor divergencia entre percepción y mediciones oficiales.

La primera atañe a las limitaciones del PNB como indicador de progreso y de desempeño económico. Al no considerar la depreciación de los bienes de equipo, abulta el valor de lo producido que, a su vez, se determina por los precios de mercado, circunstancia que no concurre en múltiples conductas humanas. La consideración del medio ambiente debe ir pareja al valor de los servicios que se desarrollan al margen del mercado. Para algunos de estos se producen estimaciones oficiales, como en el caso de la sanidad y educación públicas, pero en otras se dejan totalmente al margen del cómputo como sucede con los cuidados del hogar y de los niños no escolarizados y en general un sin fin de actividades diarias productivas no remuneradas-

La segunda se refiere a la calidad de vida, analizando la medición del progreso social a través de encuestas a la población. La captura del bienestar define un “pasillo vital”, una “curva de carrera” esencial en la que se inserta el juicio del ciudadano en relación a sus sentimientos positivos o negativos en cada momento. Durante años los investigadores han contrastado la paradoja de que rentas mas elevadas no se corresponden necesariamente con una mayor felicidad. Pero el mismo tiempo los pasillos vitales tienden a alargarse y hacerse más exigentes en países con mayor nivel de PNB. Queda por investigar qué variables, al margen de la renta, afectan al bienestar subjetivo, incluyendo aspectos tan variados como la edad, el estado civil o los entornos de legalidad, estabilidad o corrupción.

Finalmente, una de las preocupaciones mayores en relación a las mediciones actuales del desempeño económico y del progreso social se relaciona con la sostenibilidad y uno de sus principales indicadores, el medio ambiente. Se trata de conjugar el delicado equilibrio de hoy y del mañana. Los futuros habitantes del planeta heredarán un legado de recursos tanto físicos, naturales, como institucionales. El capital humano de nuestros nietos depende de la inversión que hoy realicemos en educación e investigación. La sostenibilidad reside en que las generaciones futuras dispongan al menos el mismo nivel de bienestar que las actuales. El propio informe reconoce que hallar una medición única que capture todo lo enunciado, resulta excesivamente ambicioso.

Dicho lo cual, no conviene olvidar algunos experimentos históricos que han utilizado otra suerte de instrumentos analíticos para evaluar el desempeño del sistema.

Utilitaristas como Bentham o Stuart Mill propusieron ya mucho tiempo atrás que la actividad económica se sometiera al metro del bienestar, erigiendo a la maximización de la utilidad en el criterio moral de organización societaria, a la búsqueda de “la mayor felicidad para el mayor número posible de personas”. Con posterioridad surgió con decidido auge la llamada “Economía del Bienestar” desarrollada en su versión “neoclásica” por autores como Edgeworth, Marshall o Pigou o la denominada “Nueva Economía del Bienestar” liderada por Pareto, Hicks o Kaldor entre otros afamados economistas.

Sin embargo, el veredicto del tiempo, de la mano de las críticas vertidas hacia estos autores por la “Escuela austriaca” han convertido aquellas tesis en sumamente controvertidas debido fundamentalmente a los juicios de valor asumidos que han convertido a la economía del bienestar en un conjunto de proposiciones de altísima carga normativa y subjetiva.

En nuestros días, una panorámica orwelliana nos descubre en su horizonte cercano a la “Felicidad Nacional Bruta” (FNB), indicador que se sitúa en las antípodas del PNB, pero que para Jean-Paul Fitoussi, coordinador de la Comisión Stiglitz “no es una idea romántica” y es posible monitorizarlo a través de trabajos muy formales determinando la percepción que los ciudadanos tienen del bienestar.

El término se acuñó políticamente en 1972 por el antiguo rey de Bután Jigme Singye Wangchuck quien se comprometió a erigir una economía desde la penuria y el subdesarrollo que secundase la cultura budista del país. Como cualquier objetivo moral se dice mejor que se define. Pero desde aquella fecha, los planes quinquenales contemplan a través de 72 indicadores el nivel de felicidad de los 700.000 butaneses que conforman la nación. Bután hace el número 132 de 182 en el IDH.

En resumidas cuentas, malamente se conseguirá desbancar al PNB, el viejo índice impulsor del rescate de la gran depresión americana, aunque su complemento y actualización constituyan algo más que un deseo elogiabile para erigirse en una prioridad, que discurra en paralelo con las técnicas tradicionales de la contabilidad nacional.

La búsqueda de la felicidad es un impulso innato del ser humano y no hay contradicción entre este anhelo y el fin último de la economía que no es otro que la satisfacción de las necesidades individuales y colectivas del sujeto consumidor. La investigación no en vano ha identificado un amplio número de atributos que se correlacionan con ella entre los que cabe citar la interacción social y relacional, la extroversión, el estado marital, el empleo, la salud, un entorno de libertades democráticas, la implicación religiosa o espiritual y el ocio creativo o el disfrute de una naturaleza protegida. Todo ello al margen o complementariamente al de la renta y riqueza disponibles.

Pero no nos hagamos trampas en el solitario. La felicidad es inmensurable, no admite comparaciones y resulta intransferible. Edith Piaf la enjauló nostálgicamente en “Una vida en rosa”. Fausto, con dudosos retornos, vendió su alma a cambio de ella, pero como concepto abstracto seguirá resistiéndose, rebelde e insobornable, a la medición de las ciencias sociales